

ENTRECRUZAR

VESTIDO

En el fondo de la caja rotulada *Infancia*, Claudia toma una foto de tonos violáceos que delatan la premura de una Polaroid. Quiere acariciar la superficie, pero se pincha el dedo con una grapa mal puesta en el marco de cartón y un punto de sangre le trae el calor de ese día, cuando camina hacia un estudio fotográfico ambulante a un costado del Santuario, moviendo los pies en unos caites que rechinan con cada paso. El sudor le cae desde la frente hasta la nariz. Se toca los labios para ver si todavía están pintados. El rojo carmín se adhiere a sus dedos y se imagina como el payaso que animó su último cumpleaños.

El huipil le queda demasiado grande, Claudia lo sabe, a pesar de sus esfuerzos por doblarlo en la cintura. Tiene miedo de que la faja se deslice y de pronto el corte caiga y quede desnuda entre la muchedumbre, lo que termina por enterrar su deseo por estar allí. La madre, en cambio, se mueve con entusiasmo y observa en los cuatro puntos cardinales hasta que localiza al fotógrafo, un hombre de rostro ajado y panza enorme, quien con un gesto mecánico coloca a la niña en el centro de una cueva forrada de hojas de palma y musgo. Cuelgan a los lados chinchines, pájaros de china y sopladores de pita. Recuerda Claudia una tinaja de plástico verde que le entregó el fotógrafo y su *ríase mi amor* repetido varias

veces. Un olor a vestimenta ajena luchaba contra la propia piel. Zoila, la madre evangélica, vigila la escena y le advierte a la hija que la foto que llevan entre las manos es secreta. Nadie entendería en la Iglesia de los cristianos renacidos de Elim la vuelta a la fe católica de los santos ese 12 de diciembre de 1984.

Claudia salta de susto con cada bomba, a medida que atraviesa el atrio de la iglesia rumbo a la segunda avenida de la zona 1. El olor a incienso y a pólvora quemada se impregnan en el pelo, mientras la humareda hace más imprecisos los pDear Costell,

In attachment I send you the pdf corresponding to both books and jpg of the covers.

Thanks for everything.asos de madre e hija entre las ventas callejeras. Claudia voltea a ver un muro que no es parte de la iglesia ni de las casonas aledañas, sino del Paraninfo Universitario y puede leer en letras negras, vivos se los llevaron, vivos los queremos. Los escapes descompuestos de camionetas estallan en lapsos regulares. La niña quiere salir de esas calles, entrar en el carro, sacarse la faja, quitarse el huipil, estirar las piernas y respirar.

Ese acto devocional de la madre, ese disfraz indígena para Claudia, se repitió cinco años consecutivos. Ella lo olvidó por muchos años, hasta que un mediodía, atrapada en el tráfico, decidió refugiarse unas horas en el Museo Ixchel del Traje Indígena. Deambuló entonces por las salas de ladrillo, nadie estaba allí a esa hora. Poco o nada se fijó en las cosmogonías y los ciclos vitales de los trajes y, en cambio, se sintió arrastrada por una reiteración de ausencias, porque cada maniquí carecía de rostro. Las cabezas eran esferas de una tela color blanca, sin un rasgo que representara la vida humana. Los maniqués parecían extra-terrestres, salidos de una galaxia lejana, sin ojos, sin nariz, sin boca, sin orejas. Todos blancos.

Claudia recordó su desconcierto frente a la cámara aquel lejano 1984. Su rostro desaparecido por el *flash* como otra tela que asfixiaba. Pensó en los pequeños actos de la infancia que inauguran preguntas que apenas serán contestadas décadas después, en momentos de incertidumbre. Las crisis son eso, un retorno a las primeras preguntas. Quién es ella ahora, se interpela

Claudia frente al insulso maniquí, mientras el reflejo de una ventana estampa un terror a las sonrisas forzadas.

CORTAR

En los archivos se crea una extraña intimidad con los documentos. A veces asalta un instinto de posesión violenta. Arrancar la hoja, por ejemplo, y llevársela debajo de la blusa por si las letras luego toman otro sentido y, entonces, tenerlas cerca. Claudia lo sabe. Pasó varios meses escarbando en secciones especiales de las bibliotecas y en archivos, y cuando se disponía a concluir con una caja de documentos, vacilaba. Quizás había obviado un detalle o no había leído correctamente unas líneas. Escrudiñaba el gesto de la bibliotecaria como queriendo obtener un signo de afirmación, *usaria, ya es suficiente, devuelva la caja*. Ahora frente a ella no hay una archivadora, sino el silencio. Se resiste a guardar la foto. Quiere averiguar qué hizo su madre con esos trajes indígenas que usó año tras año, así que toma el iPhone y la llama. Zoila no entiende eso de trajes indígenas.

Ah, de indita, me decís, sí ya me recuerdo.

Zoila cuenta que algunas piezas las recortaron y sirvieron de trapos de cocina. Se deshilaron por el uso.

Pero un huipil lo mandamos a enmarcar y lo colgamos en la oficina de tu papá.

La voz de su madre siempre le ha parecido a Claudia un muro construido para impedir que las emociones migren. Tan difícil recordar alguna modulación que astillara la distancia entre ellas. Zoila se había aferrado siempre a un principio, aunque significara destruir a los que estaban cerca, y a pesar de errores o caídas, nunca se había cuestionado nada y, por tanto, las dudas de Claudia la irritaban. Impensable seguir la conversación, concluye Claudia cuando aduce demasiado trabajo y cuelga el teléfono. Se sienta en el suelo para lanzar fotos antiguas como si se tratara de un juego de solitario. Quiere borrar una imagen, no la del disfraz sino la del cuerpo no consentido.

Lo había visto después de doce años. Desde lejos, protegida por una columna, había reconocido el cuerpo robusto del profesor y un constante menear el brazo derecho, como un apoyo para mantener la atención del interlocutor. Parecía un cangrejo. Ella no había escuchado su risa, porque a esa hora el patio de la universidad hervía de gente, y era imposible, a treinta metros de distancia, poner decibeles a la boca abierta del profesor. Había esperado a que él desapareciera por las gradas y entonces, cuando otra vez el espacio le pareció familiar, avanzó hacia el salón de clases donde enseña el curso de Introducción a la historia política de Guatemala. Claudia respiró hondo. Cerró la puerta y, de nuevo en control de sí misma, recordó que el tema de clase sería la Reforma Liberal de 1821. Después de tomar un sorbo de agua, la profesora pide a un estudiante que apague la luz. Ella proyecta en el muro del aula fotos en blanco y negro. Fotos de un país en transformación. Fotos de tierra removida, de canastos llenos de café, de hombres y mujeres desconcertados. Fotos de indígenas. Fotos de Edward Muybridge.

Claudia va explicando las ideas y los contextos, pero de pronto su atención se atasca en la imagen de un grupo de mujeres indígenas que lavan la ropa en la cuenca de un río. Sin embargo, no lavan en realidad, están obligadas a posar. Recorre con la mirada los pechos desnudos, los rostros serios, los ojos que se esfuerzan por eludir la cámara, el pelo largo que sirve como escudo. Piensa en la indefensión ante el fotógrafo y en el cuerpo que se esconde ante el ojo extranjero. Vuelve, como otra sombra en el aula, el propio cuerpo lastimado por aquel hombre. Ante el silencio de la profesora, una estudiante pregunta si hay más fotos o puede encender la luz.

Sí, ya terminamos, asiente ella y cierra los ojos cuando el salón se aclara.

Es ya tarde y ha sido un día largo. Los estudiantes salen como potros hacia el campo abierto. Claudia se sienta en una silla, busca unas pequeñas tijeras que guarda en un apartado interno de la bolsa y saca la foto Polaroid, de la que ya no se separa desde el hallazgo en la caja de la infancia. La toma firmemente y, como

si se tratara de una manualidad del colegio, recorta, con el mayor cuidado, su rostro. Imagina meter la cabeza en ese agujero y huir.

BURÓCRATA UNIVERSITARIA VIGILADA

Tantas veces había caminado en este corredor, como estudiante y luego como coordinadora académica en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, pero Claudia nunca había puesto atención en la perspectiva que, desde el segundo piso, podían tener de ella si alguien quisiera seguirla. Por un segundo se le figura que el lente de un telescopio enfoca sus pasos. Recuerda la época cuando su papá tenía un guardaespaldas que lo acompañaba a todas partes porque las cosas en la finca estaban color de hormiga. Parece una hormiga exhausta, debe acelerar el paso, va tarde. Tendría ganas de volver a la cama y leer un libro, o poner un *podcast* y olvidarse de que ese hombre anda cerca.

Entra en la oficina, acomoda sus carpetas y un par de libros que debe escanear para los estudiantes. Enciende la computadora, y entonces se da cuenta de que debe estar en la firma del convenio con la cooperación sueca. Se pone rápidamente el saco para asistir a un acto que normalmente no le correspondería, porque el decano ha aplicado al pie de la letra los seminarios sobre universidad y mercadotecnia. Cada coordinador se hace presente según la apariencia. Rosa, con traje indígena, lo acompaña cuando Estados Unidos o Europa financian proyectos. Miguel, exseminarista que sabe bien de la manipulación de las conciencias, está presente si se trata de una familia católica que ha decidido donar un patrimonio. A ella, ladina de la capital, le corresponden las empresas transnacionales, pero ante la ausencia de Rosa, entra en el salón, saluda al decano y se busca un asiento en la segunda fila. Un remolino de viento roza su espalda.

El maestro de ceremonias anuncia las notas del himno nacional. Los asistentes se ponen de pie, colocan la mano derecha en el pecho y tararean la letra de José Joaquín Palma. Claudia deja los brazos al lado del cuerpo. Se acostumbró ya a las miradas de reojo. Ve hacia abajo y se pierde en una pequeña grieta del suelo.